

LA ESCLAVITUD BUROCRATICA²⁹

El problema del parasitismo, especialmente en su forma burocrática, es a no dudarlo, uno de los que mayor importancia revisten para nuestro país, que así como se muestra pródigo en conflictos sociales, así también es rico y fecundo en heterogeneidades que impulsan a la lucha y a la acción renovadoras.

Emanciparse de la esclavitud de la oficina, librarse de la trágica amenaza del “cese”, y encontrar un camino más amplio, a la vez que más seguro, para las propias actividades, es algo que interesa a las clases medias, en tan alto grado como al campesino preocupa la adquisición de una parcela que fundamente su libertad económica, o como al obrero afectan las cuestiones del salario, de la abundancia o de la escasez de trabajo, o del número más o menos de horas de labor.

Importa, por lo mismo, conocer las raíces históricas del parasitismo, que como todas las lacras nacionales, proceden del período de la Colonia, durante el cual se formó nuestra idiosincrasia y se fijaron nuestros caracteres típicos.

Desde entonces empezó a marcarse esa desesperante abulia, propia del temperamento criollo, que incapacita a una gran parte de nuestros nacionales para las obras de gran aliento; del mismo modo que se acentuó esa carencia de sentido práctico, derivada sin duda, de una educación viciada, que nos lleva a buscar las raquítics y aleatorias profesionales liberales casi siempre parasitarias, de preferencia al ejercicio del comercio o de cualquier industria que se base en el trabajo manual, para el que muchas de nuestras familias criollas profesan todavía una rancia y medieval prevención.

Se ve también desarrollarse esa época la malhadada tendencia a depender precisamente de otro —ya sea éste un particular, o ya el gobierno, protector obligado de los empleados—, más bien que a crear un esfuerzo para bastarse a sí mismo en empresas independientes. Desde entonces se nota ese miedo

²⁹ *El Universal*, 22 de marzo de 1927.

al porvenir, esa falta de iniciativa para abrirse paso, sin necesidad del bochornoso báculo del empleo, todo ese cúmulo de deficiencia y de malos hábitos, que dañan el carácter nacional y que nos hacen aparecer en condiciones de notaría inferioridad, para entrar en franca y victoriosa competencia con los hombres de otras latitudes o de otras costumbres.

De allí viene, por fin, ese desarrollo excesivo y a veces hipertrofiado, de la inteligencia o de las facultades de mera imaginación, con mengua del desarrollo de la voluntad, que es sin duda de todas nuestras potencias espirituales, la más endeble y raquítica.

Todo esto se ve, con hiriente claridad, desde los principios de nuestra existencia como pueblo nuevo; razón por la cual juzgo por demás instructivo, y propio quizás para provocar saludable reacción, ahondar en el estudio de los múltiples aspectos y elocuentes, cuando aterradores síntomas, que en siglo XVI ofrecía, la ya entonces muy avanzada enfermedad parasitaria.

Soy de los que creen que el hecho concreto, y todavía más el pequeño hecho, “le petit fait” de que nos hablan los franceses, enseña e ilustra más que esas vagas y ampulosas declamaciones sobre tópicos generales, o que esas teorías, aparatosas y e intrincadas, que, en fuerza de sistematizarlo todo y de buscar para la enunciación de cualquier principio, por sencillo que sea, fórmulas más o menos pedantescas, llegan a oscurecer y a falsificar la realidad, convirtiendo lo sencillo en abstruso, y lo verdadero en artificial y meramente literario.

Veamos, pues, la serie de pequeños hechos, reveladores en el más alto grado, que nos presenta la época que estudiamos.

Cuando, poco después de la toma de México, se trató de distribuir tierras a los conquistadores, dijeron éstos “que de poco o nada les servirían, si al mismo tiempo no se les daban indios que las labrasen”. Se les indicó entonces, que podrían labrarlas personalmente, a lo cual replicaron con mofa, “que sobraban tierras en España, y que para no salir de cavadores, no era menester haber hecho tantas hazañas”. (Biografía de Zumárraga, por G. Icazbalceta, pág. 261, edición Agüeros).

De esta arrogancia, traducida en pereza e inutilidad, tenía que resultar la formación de una clase parasitaria, incesantemente aumentada con nuevos aportes, y así nos lo confirma, en efecto, el oidor licenciado Salmerón, en carta del año de 1531, o sea diez años después de la Conquista.

“No es fácil figurarse —dice él— la avaricia, el desorden y la pereza de los españoles que viven en este país.

“Si tienen repartimientos, no piensan sino en sacar de ellos el mayor provecho posible, sin inquietarse en lo más mínimo del bienestar o de la instrucción de los

indios. Si no los tienen vienen ellos desvergonzadamente a pedirnos algo para vivir. Cuando se les dice que son jóvenes y que pueden trabajar, responden con impudencia que ellos han trabajado en tal o cual conquista”. (Ternaux Compans, “Second Recueil de Pièces sur le Mexique”, pág. 184).

El vehemente y sincero cronista, Fray Jerónimo de Mendieta, que acabó de escribir su historia en 1596, es todavía más enérgico:

“—¿Es posible que para tampoco es la república española en esta tierra, que donde habrá cien mil hombres o más en ella, no se sabrían dar maña y concertarse de suerte, que no todos fuesen mercaderes o taberneros, o regatones y renoveros, sino que oviase de los más pobres quien a los más ricos sirviese, y quien se alquilase y trabajase, y no que todos sean señores y mandones? Mayormente habiendo (como alegan los indios) tanta chusma de gente perdida y baldía de españoles, mestizos, mulatos y negros...” (Historia Eclesiástica Indiana, pág. 525).

Como se ve, todos esquivaban el trabajo, excepción hecha de los indios y de buena porción de negros, sobre los que recaía toda la carga del sostenimiento de la gran masa de “gente baldía”.

Ni españoles, ni criollos querían ser labrados, ni ganarse la vida en el trabajo de los campos. Hombres que en España siempre habían cultivado la tierra con sus propias manos, sabían adoptar aquí un gesto de altivez y preferían ser “señoritos y mandones”. En cuanto a sus hijos y descendientes, hacían gala de profesar la misma orgullosa aversión, para las labores agrícolas y manuales. Estas quedaban reservadas para el indio o para el mestizo; para la gente inferior, en todo caso. “No han de trabajar los españoles, sino los indios —decían algunos, según frase que nos ha transmitido Zurita—; que trabajen y mueran los perros, que hartos son y ricos están...” (“Sumaria Relación”, pág. 184.)

Ni labor agrícola, ni desarrollo industrial, ni tampoco una fecunda y sostenida actitud mercantil, puesto que el comercio se hallaba monopolizado en cinco o seis grandes casas. Sólo quedaba a nuestros criollos, o a los españoles recién llegados, el empleo, la canonjía, el favor de los grandes; o bien, los poco apetecibles cargos de capataces en algún latifundio, o de “calpixques” o mayordomos en alguna encomienda.

En la Nueva España, no había sino por excepción, pequeñas propiedades como las que existían en las colonias fundadas por los ingleses en Norteamérica; ni había tampoco el recurso de acogerse al trabajo industrial, casi totalmente desconocido. Solamente la arriería, el pastoreo de ganados, unos

cuantos ingenios de azúcar y bien contados y rudimentarios oficios mecánicos, daban de comer a un reducido número de personas, muchas de ellas pertenecientes a la población indígena, a la raza negra y las castas.

En cuanto a la gran mayoría de españoles y criollos, se amontonaban en las ciudades, para llevar allí la vida de holgazán o de miseria que nos describen los documentos de la época.

Entre otros, el virrey don Luis de Velasco (el segundo) nos proporciona precisos datos, en varias de sus cartas dirigidas al Rey. En una de ellas, fechada en 24 de mayo de 1592, expresa que una de las mayores dificultades con que se tropezaba en el gobierno de la Nueva España, provenía de

“la mucha gente que a ella ha venido y viene en cada flota, PORQUE TODOS SON A COMER Y GASTAR Y NINGUNO A TRABAJAR, de do se sigue haber gran suma de gente ociosa y necesitada, y así, de todo género de oficios hay tantos que sobran, y como muchos o no se pueden sustentar de ellos o no quieren trabajar, que es lo más ordinario, unos se hacen tratantes, que no es lo peor, otros pleitistas, y la mayor suma vagabundos, de do procede gran desorden y confusión en la tierra, y aún vejación a los indios, que como pobres y miserables, están expuestos a la rapiña y violencia de cada uno, PUES MEDICO Y LETRADOS NO TIENEN NUMERO...” (Colección Cuevas, pág. 440)

En otra carta, de la misma fecha, describe el virrey magistralmente, esa otra forma del parasitismo que mayor estrago ha hecho y mayor incremento ha tomado en las clases medias de nuestra población urbana. Este parasitismo de índole burocrática, proveniente entre otras cosas de nuestro escaso desarrollo en materia mercantil e industrial, empezó a marcarse desde los primeros años de la existencia de la Colonia.

Por esta razón, el virrey Velasco se queja, en esa segunda epístola, de tener sobre sí una infinidad de pretendientes, incapaces casi todos de servir a conciencia, los empleos que solicitaban, y constituida en su mayor parte por aquéllos que “a título de hijos, yernos, nietos y descendientes de conquistadores”, se consideraba con derecho a los diversos cargos de la administración. El virrey agrega que era tal el número de esos solicitantes, que aun cuando a ellos solos se les dieran, y no a otros, los empleos disponibles, “no se podría cumplir ni aún con la tercia parte de las solicitudes”. Pero, a pesar de eso, los pretendientes no cejaban en sus importunidades, pues “viendo que sus padres y abuelos no tuvieron oficios, ninguno se aplica a ellos, ni a ganar de comer por otra vía que por pretendiente”. Y como los cargos no crecían, y sí aumentaba la gente sucedía que, si al salir alguno de un cargo no se le daba otro nuevo, “morían

de hambre él y su mujer e sus hijos. Y de muchos de ellos me consta que en tiempo de sus vacantes, o por haber cumplido o por demérito, se sustentan de limosna...” (Colección Cuevas, págs. 441 a 443).

Estas limosnas, nos dice Suárez de Peralta, no bajaban de cuatro reales cada una, y había magnates que las hacían de uno o varios tejuelos de plata de a marco. Hubo mendigo que con el solo producto de esas limosnas, fundó un mayorazgo en España, con renta muy crecida (Suárez de Peralta, pág. 165).

Desde entonces y cambiados sólo los detalles, una gran parte de nuestra clase media se debate, angustiosamente y casi sin esperanza, dentro de este círculo torturante: o el empleo, como misera pitanza, o como férreo grillete; o la pavorosa cesantía, y tras de ella, la miseria, la vergüenza, y aun la mendicidad.

Sólo el dinamismo de la Revolución, que ya empezó a obrar en fría forma quirúrgica, y que tiende empeñosamente a completar su esfuerzo, con la clínica saludable del trabajo industrial y agrícola, ofrecido a manos llenas, a nuestras anémicas clases medias, necesitadas de aires mejores y de mejores ambientes que el asfixiante de las esferas oficinescas; sólo el prepotente dinamismo de la Revolución, que es vida siempre renovada y esfuerzo eternamente juvenil, será capaz de poner fin a ese desesperante ciclo de miseria, de rutina y de apatía.

Ayudemos a la Revolución en su obra. Si así lo hacemos todos, con fe y con entereza, ella sabrá libertar a nuestros hijos de esa lacra de la esclavitud burocrática, que nosotros, los hombres de la actual generación, dominados por la fuerza del ambiente, de la educación o de la inercia, hemos sido incapaces de extirpar, en un supremo esfuerzo que venciera nuestras flaquezas.